

CFS-80

Veladas literarias del Ateneo.

X. C. Ferrer

*Veladas
Literarias del Ateneo.
1881.*





Daniel Hurlalde

Y Hurlalde y Macpherson

de diamantes

de diamantes

Le ho aros y otros de diamantes
que i van y otros de diamantes
pueden ser de diamantes



Daniel Hurlalde y Macpherson

en el sur de la América
a los señores de los señores
Barril de Hurlalde

El no le habia o.c.c.u.p.a.t.o

Veladas
literarias del Ateneo.

1881

Coleccion de articulos publicados
en "El Comercio" de Cádiz,
por

Carlos Fernandez Shaw.

Madrid.



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW



A mi queridísimo amigo

Don Daniel Gurralde y Mac'pherson.

¡ A quien mejor que a ti, entusiasta admirador de nuestra hermosa literatura, pudiera dedicar estos apuntes tu amigo del alma

Carlos Fernández Shaw².

I

D Gaspar Nuñez de Arce.

I.

Si al principio corresponde el fin, las veladas literarias que anoche en el Ateneo se inauguraron, serán una serie no interrumpida de ovaciones y de triunfos. Dudamos, sin embargo, que haya alguno mas entusiasta y espontáneo, que el que ha obtenido el eminente autor de *El vértigo*. La eleccion no ha podido ser mas acertada. Nuestro primer poeta, debia ser tambien el primero que leyese, y así ha sido.

Eran las nueve y media de la noche, y una numerosísima concurrencia, en la que sobrepasaban nuestros primeros criticos y poetas, se extendia por los salones y pasillos del Ateneo. Solo una conversacion reinaba, iba á leer Nuñez de Arce, un poema inédito; ante nuestros ojos iba á pasar seduciendo con riquísima armonía, brillante cascada que surgiría de los palacios del génio. ¡Qué fascinadora ilusion! Luego..... ¡qué insuperable realidad!

Llegó la hora, el salon de sesiones se fué llenando; por fin apareció el gran poeta en el estrado: segunle Moreno Nieto, Palacio (D. Manuel), Velarde y Gomez Ortiz. Adelantóse á la mesa, en sus manos iba el primer canto de *Hernán el Lobo*, el poeta iba á hacer conocer al público, por vez primera, una de las obras que dentro de poco en manos de éste, será vara mágica, á cuyo seductor conjuro, brotará el entusiasmo, como á la voz de Moisés brotaban raudales cristalinos de las desnudas peñas del desierto! Sordo mormullo recorrió la sala y resonaron los primeros versos, trás el crepúsculo de la impaciencia surgió el anhelado sol... sí, ¡la poesía! un sol! ¡sus rayos como los del que domina

el firmamento, se extienden por toda la superficie de la tierra!

¡Hernán el Lobo, la noche con sus sombras! ¡Aurora, el alba con su plácida luz! ¡El contraste es de una fuerza indescriptible! Pero... no adelantemos nuestras impresiones.

¿Quién es Hernán el Lobo? Es un señor feudal, de instintos sanguinarios como el águila, que como ella tiene su nido en las quiebras de una roca. ¿Quién es Aurora? Un ángel que esparce sus célicos resplandores sobre las densas tinieblas del alma del malvado. Es su esposa. El poema empieza con la descripción del castillo. Dice así:

I.

En solitaria y empinada roca
de los montes Cantábricos, altiva
rúnga el espacio y en las nubes toca
vieja torre feudal; la peña viva
de donde arranca el resistente muro
con tan áspero corte el paso cierra,
que no hay otro castillo más seguro,
coronando los riscos de la sierra.

II.

El peñon que le sufre, en dos partido
por un extremo está, cual si de un tajo
en formidable lid le hubiera herido
el hacha de un Titan de arriba á abajo.
Silvestre helecho y trepadora hiedra,
los bordes cubren de la herida piedra
por cuya enorme cavidad sombría
surge espantable y prolongado grito,
como si aquella mole de granito
se doliese del golpe todavía.

III.

Es la voz del torrente fragoroso
precipitado de escarpada altura,
que al pasar por la estrecha cortadura,
del castillo feudal, muralla y foso,
se arremolina, se retuerce y choca,
como la mar rugiente y espumoso,
en las puntas y quiebras de la roca.
Cuando acrecienta su raudal la nieve
que derretida de las cumbres baja,
y los cimientos sólidos conmueve
del cerro, y peñas y árboles descuaja,
ante aquel espectáculo sublime
retumba el eco, la montaña gime,
con medrosa ansiedad la res salvaje
escapa sin cesar de risco en risco,
se oculta la avecilla entre el follaje,
en su nido el reptil, hasta en su aprisco
la oveja se acobarda y solamente
el águila caudal, cuya pupila
reta y resiste al sol, vuela tranquila
sobre las turbias aguas del torrente.

Era una tarde de Noviembre
helada

como la losa de un sepulcro.

opesísima niebla oculta el azul del
cielo, y al amor de la lumbre en un es-
pacioso salón del castillo, se encuentra
Hernán ahogando en vino su conciencia,
y Aurora huyendo.

Aquel Hernán que despertó en su sano
amor tan infeliz y tan profundo,
estaba allí como el reptil inundo,
pues se revuelca en pestilente cieno.
Abrumado de crímenes, beodo
sin luz en la razón, sin lé en el alma.
y tranquilo tal vez.... ¡Nó! que entre el lodo
jamás conserve el corazón su calma!
No importa que con lábio balbuciente
insulte á Dios, En su soberbia loca
quizás quien más le agravia, más le siente.
¿Quién tiene de los réprobos la clave?
¿Arracan las blasfemias de su boca
la impiedad ó el espanto? ¡Dios lo sabe!
¡Nada hay estéril en el mundo! Crece
el musgo humilde en la desnuda roca,
entre nieves el líquen aparece,
arraiga el pino en la rasgada grieta
que abre la lluvia en el peñón tajado,
sobre las tumbas el ciprés vegeta
y el miedo en la conciencia del malvado.

(Frenéticos aplausos.)

De repente entra un pastor y avisa
á Hernán que una banda de mercaderes,
cargados de dinero, atraviesa los mon-
tes. ¿Cuántos son? pregunta Hernán—
¿Podrán ser vencidos? Si, replica el pas-
tor y en cuanto al número

¡caso el lobo
cuando asalta un redil cuenta las reses?
Hernán se dispone á hacer presa del bo-
tín, las súplicas de Aurora son muy dé-
biles para hacer mella en su corazón de
bronce, los agudos sonidos del clarín
guerrero rasgan los aires, Hernán sale
á la montaña. Aurora cae rendida sobre
el frío pavimento. Un rayo de luz del sol
poniente rasga entouces la niebla y tras-
pasa los vidrios de colores como si Dios
le enviara para depositar un beso en su
nevada frente. ¡Qué pensamiento tan
divino!

Cuando la codiciosa comitiva
iba cruzando el puente en son de guerra,
ya con su luz dudosa y fugitiva
doraba el sol los picos de la sierra,
y lentamente por la mística alfombra
de los oteros y cañadas, iba
subiendo y espesándose la sombra.

Y el primer canto concluye.

La última producción del género privilegiado de D. Gaspar Nuñez de Arce reúne tantas bellezas que citarlas una por una sería imposible empresa. Ya nuestros lectores habrán podido apreciar por los anteriores trozos, el vigor de la versificación, las *inimitables* descripciones, la riqueza insuperable del epíteto, la grandiosidad de los pensamientos, lo seductor de las imágenes. Los dos caracteres, únicos según ayer escuchamos de labios del poeta, que en su obra han de intervenir, son de tal grandiosidad, contrastan tan magníficamente, que del choque no puede menos de resultar lo sublime, como la luz del choque de la dura piedra y el resistente eslabón. Cuatro cantos tendrá el poema, y la imaginación se pierde pensando que si es así la introducción de la historia, qué no producirá la riquísima mente del poeta, teniendo en sus manos tan poderosos materiales. ¡El triunfo es suyo y será suyo! ¡Para el talento reconocido no hay barrera! Los versos del Sr. Nuñez de Arce son timbre glorioso de nuestra literatura. ¡No me recé llamarse español quien no admire estos poemas! decía anoche loco de entusiasmo, uno de los más fervientes adoradores de nuestro primer poeta.

¿Qué diremos del entusiasmo del público? Nada que no pueda parecer pálido ante la realidad. Nuestra memoria se ofusca, al querer recordar las veces que brotaron del público los gritos de entusiasmo, las veces que ensordecieron los atronadores aplausos. El que sonó al concluir la lectura parecía no concluirse jamás. El poeta inmóvil, dominado por la emoción saludaba. ¡Algunos dicen que vieron una aureola que circundaba su espaciosa frente!

Lo bueno siempre parece poco, por eso al concluirse la lectura anunciada, solo se levantaron de sus asientos los sáculos que iban á suplicar al género, nos dejase saborear nuevamente las dulzuras eucantadoras del *idilio*.

Aquellos cuadros llenos de sentimiento y de ternura volvieron á hacer vibrar

las fibras de todos los corazones, y volvieron los aplausos y los bravos y la ovacion y.... ¡el triunfo!

¿Habré exajerado dejándome llevar de mi ardoroso frenesí? Yo le aseguro a mis lectores que nó, todo mi entusiasmo se ha reconcentrado en estas líneas, fiel emblema de sincera admiracion; para reprimir este entusiasmo hubiera tenido que atenazarme el pensamiento y arrancarme en pedazos el ferviente corazón!

Madrid 23 Enero 1881.

II

D. José Velarde.

II.

Era la tarde del pasado Miércoles y al cruzar por uno de los pasillos de Ate-
neo, el que alguien me llamaba. ¡Cuán
no sería un agradable asombro al en-
contrarme con el comienzo de una reu-
nion poética celebrada á baja voz en uno
de los mas apartados rincones! Allí esta-
ba Martos Jimenez, el distinguidísimo
secretario de la seccion de Ciencias mo-
rales y políticas; Sanchez Arjona, el no-
table poeta sevillano; dos jóvenes de
gran porvenir, uno el Sr. Huestrosa,
elocuente y profundo orador de la dere-
cha, y otro el Sr. Herreros, poeta de
gran inspiracion, y por último Velarde,
el tan modesto como inspirado autor de
La Veluda.

Allí, de su boca, oímos todos cuadros
y pasajes notabilísimos de su nuevo poe-
ma *Fernando de Laredo*, que iba a leer el
Sábado ante el ilustrado público del Ate-
neo, y todos á una proclamaron que es-
peraba al poeta una tan entusiasta como
caurosa ovacion.

Y no han sido desengaños ni mucho
menos nuestras esperanzas; si mucho es-
perabamos, mucho mas ha sido. El Ate-
neo ha premiado como merecia la inspi-
racion que rebosan todas las estrofas, las
riquísimas descripciones que bordan la
seucilla accion del poema.—Allí estaban
entre aquel público batiendo palmas,
Moreno Nieto y Nuñez de Arce, Palacio
y Sanchez Moguel, Blasco y Cavestany
y otros mil amantes de nuestras letras ó
cultivadores entusiastas de ellas.... ¡y el
angel del entusiasmo batia sus alas sobre
aquella muchedumbre que solo tenta oídos
para escuchar, ojos para ver y manos
para aplaudir! ¡Grandioso triunfo!

La escena del poema pasa en un pue-
blécito de Andalucía, reclinado en las
faldas de altísimas montañas.

Ni aún en sueños la mente se figura
lugar de más grandeza y hermosura.
Mil picachos perdiéndose en la esfera
recortan el espléndido horizonte:
es invierno en la cúspide del monte
y en el fondo del valle primavera;
amenaza el alud en la alta cumbre
por quebradizas rocas sostenido,
al llano con su inmensa pesadumbre;
rauda la catarata se despeña
la luz quebrado y con feroz rugido,

de tajo en rambla, de barranco en breña,
completando lo bello del paisaje
los juegos caprichosos del celaje
en múltiples colores encendido,
y el pueblo que se oculta como un nido
en la verde espesura del follaje.

Allí se eleva la casa solariega de Laredo. Un joven cruza precipitado por uno de sus anchos salones, sosteniendo con su madre vivísima conversación. — Quiero ver el mundo, este aire me sofoca dice él enardecido. — ¿Pero qué te falta? — le pregunta su madre con hondo desconuelo. Entonces Fernando en un arrebatado de ferviente entusiasmo exclama:

Pregúntalo al león encadenado:
luz, espacio, poder, la vida, todo,
(dice el hijo) y prosigue arrebatado.
Cuando oigo hablar de heroicos paladines
de fuerte brazo y de gallardo porte,
de combates y cañas y festines,
de opulentos magnates de la corte,
y de lejanas tierras donde el oro
tanta sed de riqueza ha satisfecho,
la lava de un volcan arde en mi pecho,
rojo de rabia y de impotencia lloro.
¡Lo que yo sufro entonces tú no sabes!
¡Oh, cuántas veces persiguiendo el vuelo
del águila caudal, dudé del cielo
que me negó las alas de las aves!

Al fin la madre vence y el mancebo
rendido por tanta lucha se riende convuel-
to en las tinieblas densas de un sueño
profundísimo, sueño en que debieron
volver a acosarle sus vehementes deseos,
como aletean por la noche alrededor de
la frente del malvado, los cuervos de sus
males pensamientos, y a la vez por miedo
se alejan un poco a los rayos de la auro-
ral — ¿No es el sueño la noche de la exis-
tencia?

Fernando ama á una joven seduc-
tora;

Dá su morena tez al raso enojos;
solo flores componen su atavío;
negros son sus cabellos y sus ojos
y sus lábios más húmedos y rojos
que cerezas bañadas de rocío.

Sus súplicas tampoco logran disua-
dirlo; ni su amante ni su madre pueden
apagar la llama destructora de su fer-
viente idea que á veces desaparece en-
tre los ruegos para surgir más pujante!

Vá cayendo la tarde y el jóven abandona su pueblo natal, no sin dolor, pero con firmísima resolucion, templada por el rigor de la lucha sostenida entre su voluntad y su conciencia:

Allí quedan los surcos que regados fueron por el sudor de sus mayores, y aquel cañaveral cuyos rumores parecian llorar con sus cuidados, ó repetir sus cánticos de amores.

La madre allí que llora y le reclama y á Dios le pide que dichoso sea; el lebré que buscandole rastrea, y con ahullido lúgubre le llama; aquel árbol del huerto tan lozano que el alto techo de la casa cubre, de nidos siempre lleno y dando ufano leña en invierno, sombra en el verano y dulcísimos frutos en Octubre, y el templo en fin, que oyó las santas preces de sus primeros años, y la reja do amor eterno le juró mil veces ay! á la triste á quien bebiendo deja el cáliz del dolor hasta las heces!

Duda. ¿Retornará?—No; de repente recobrando el corcel se precipita del repecho por la áspera pendiente, y atrás dejando los paternos lares, cuanto más corre el bruto, más le excita y se pierde entre espesos olivares.

Comienza el canto segundo. Vá cayendo la tarde envuelta en ese manto de sombras y meancollas que Dios extiende sobre las de Otoño, y allí al pié de una cruz en un repecho del camino se encuentra Fernando. Trás larga ausencia, vuelve á su hogar con el corazon hecho pedazos, y su mirada ansiosa apénas se distingue entre la bruma los tudescisos contornos de la amada aldea. Fue buscando la dicha y nunca la encontró, ni entre el estruendo de la guerra, ni entre las dulzuras de la paz: cruzó muchos mares, imagenes de sus alborotados pensamientos, pisó nuevos continentes realizando el ánsia del corazon; pero la dicha siempre huía, ~~huida~~ ~~sonaban~~ en que se confundian negras sombras de la noche y ténues rayos de la aurora! ¡Qué bien expresa Fernando su amarguísimo dolor!

Con nada mi ambicion se satisface;

apenas en mí muere un devaneo
otro en mí, or de sus cenizas nace;
y ni un punto mi espíritu reposa
roído por la larva de un deseo
que jamás se convierte en mariposa.

Tras largo padecer, entra en el pueblo, busca aquella casa solariega, recuerdo de su infancia y no la encuentra. Va cayendo la noche. A un campesino pregunta ¿qué fue de la casa de Laredo? y éste despiadado, sin conocerle, cuenta cómo la casa fué arrasada en la guerra con los moriscos, cómo su madre murió de pena, asesinada por las maldades de un hijo perverso. ¡El cuervo del dolor que revoloteaba alrededor del pensamiento de Fernando, anida en su pecho y se convierte amenazador en buitre del remordimiento! Corre desolado a aquella raja, testigo de sus amores más puros que la luz de la luna que tantas veces envolvía entre sus rayos á la pareja enamorada y allí encuentra al hijo de su amante y mil agudos dardos se clavan en su dolorido corazón. Impulsado por el vértigo, corre al cementerio, salta sus blancas tapias y allí entre las sombras de su dolor, de su remordimiento, de su crimen y de la noche, cae precipitado en ese abismo todo sombras..... ¡el abismo de la muerte!

Todos los poemas de Velarde eran leídos por el público con gusto y avidéz, pero ninguno llega á la altura de *Fernando de Laredo*... *Meditacion ante unas ruinas* era un feliz é inspirado ensayo, *Fray Juan* una esperanza fascinadora, *La vedada* un avance prodigioso, *Fernando de Laredo* una prodigiosa realidad. ¿Por qué? Porque no solo la forma es insuperable en riqueza y armonia, sino porque el pensamiento desarrollado en él es grandioso y arrebatador.

Y sin embargo, cuando aún se escuchaba el eco de los frenéticos aplausos, cuando estaban en su áuge los imparciales y justísimos elogios, la envidia y la mala fé se deslizaron por los pasillos del Ateneo é hirieron con su áspid venenoso á personas de reconocido talento (¿á qué negario?) que se deshicieron en ataques horribles contra la nueva obra de

mi queridísimo amigo y paisano... ¿Qué decían? ¡Os vais a asombrar! Que el poema no tenía acción, no tenía fondo, no tenía trascendencia. ¡Error crasísimo! Mis lectores lo habrán ya así juzgado y yo procuraré demostrarlo en breves frases.

Vamos por partes. ¡Que el poema no tiene acción y por tanto no puede llamarse poema! (¡qué tales eran sus argumentos!) Dejando á un lado la cuestión de que hay poemas realmente sin acción como *La última lamentación de Lord Byron* y nadie ha negado que sea un poema, ¿qué más acción queréis, señores descontentadizos, qué más luchas queréis que la que en *Fernando de Laredo* se desarrolla, cuando su protagonista es el emblema de la humanidad siempre persiguiendo una dicha que no encuentra, cuando allí se desevuelve la ambición siempre egoísta, el amor a la gloria siempre desinteresado, el amor de la madre siempre puro, el amor de la amante siempre inmenso, infinito, si es verdadero? ¿Queréis más lucha, más carácter, más afectos para un poema que los que el que nos ocupa contiene? Reconoced que pedís un imposible y que quien con infusas pretende imposibles suele hacer el papel de don Quijote. ¿Qué no hay fondo? Pues qué más fondo queréis que tan hermoso argumento. ¿Qué no hay trascendencia? Dejando la cuestión de si el poema la tiene ó no, que esto nos llevaría muy lejos, ¿en nombre de qué pedís esa trascendencia? Dejad al poeta que realice la belleza que es el fin del arte, y si la realiza no le neguéis vuestro aplauso. Si es además trascendental, sea en buen hora, pero ¿negaréis el nombre de sol al que reanima nuestro aterido cuerpo en los helados meses del invierno, porque no brille con el mismo fulgor, porque no abrasa como en los meses del verano? No, de ningún modo!

Velarde se ha colocado con su nuevo poema á una mayor altura de aquella en que ceruía su vuelo, á despecho de sus implacables enemigos. Así se lo demostraron los atronadores aplausos del público imparcial, aplausos á los que animos el nuestro humilde, pero bien sabe Velarde que entusiasta.

A invitacion de sus admiradores leyó luego su preciosísimo poema *La venganza*, recibiendo nuevas expresiones de admiracion.—Esta obra aunque publicada, no se habia aun leído en el Ateneo y produjo buenísimas impresiones

En los pasillos.—*Uno.* Estos poetas de Sevilla son un prodigio, tienen una fantasía mas viva que la luz del sol.

Otro. ¿De Sevilla dice V.? No, hombre no. Velarde es de un pueblecito de la provincia de Cadiz, que se llama Conil, sino que algunos sevillanos tienen mercedo empeño en llevarse parte de la gloria.

Ego. (Para mis adentros). Justo, tiene V. mucha razon, Velarde es una gloria de Cadiz. ¿por qué ese empeño en quitársela?

Una voz invisible. ¡Enigma profundo!

Arid 7 de Febrero de 1881.

III

D. Eusebio Blasco.

III.

Suspendióse el Sábado pasado la del Sr. Blasco por ciertas cuestiones que han dado justamente no poco que hablar, pero se verificó por fin anoche, empezando á las diez, muy cerca, con un público compuesto en su mayoría de personas desocupadas, deseosas de pasar el rato de la manera mas agradable posible, como en efecto debieron pasarlo á juzgar por sus espontáneas risas y sus nutridos aplausos. Sin embargo, para los que juzgan la cuestión con un punto de miras mas elevado, la Velada de anoche, no puede llenar en modo alguno su verdadero objeto. Luego diremos por qué.

Hagamos ante todo para proceder con orden una ligera reseña del acto. Echeagaray, Moreno Nieto, Grito, Palacio y Sanchez Moguel fueron los que acompañaron al estrado al distinguido autor de *El patuelo blanco* y *El baile de la Condesa*. Empezó la lectura, que se dividió en dos partes, una de artículos en prosa y otra de poesías humorísticas. Compusieron la primera un discreto é intencional artículo titulado *El imperio entre bastidores*, que consigna atinadas observaciones sobre la visita que hizo á Adeline Patti, la noche de su beneficio en Berlín, en el mismo cuarto de la *diön* el octogenario emperador Guillermo. Siguió á este otro, en extremo gracioso con el título de *D. José Primo* que fué muy aplaudido. Terminó esta primera parte con la sentidísima reseña *Una existencia perdida* que fué con justicia (por ser el mejor de los trabajos leídos) objeto de grandes elogios y *La formalidad*, chispeante crítica y ligera por extremo, publicada ya en el libro que titulado *Malas costumbres*, púsose á la venta este verano, editado esmeradísimamente por la empresa de *La Ilustracion Española* y que tan grande aceptación obtuvo.

Formaron la segunda parte cinco poesías. Fué la primera el *Himno á las alpargatas*. *Carta de verano*, escrita desde Biarritz á Isidoro Fernandez Flores. Criticase en ella con vivos colores la vida poco arreglada del verano en el delicioso puerto francés, vida que en vez de formar agradable y pacífico paréntesis de las agitaciones de los grandes centros, es

satiras estensas, intencionadas, llamadas á producir efectos reales, epístolas de trascendencia suma, en modo alguno poesías que en toda clase de reuniones merecerán nuestros aplausos y tendrán su lugar, pero que no deben leerse en las Veladas, cuyo carácter y cuyos fines hemos procurado determinar en las líneas anteriores. Se nos dirá tal vez que somos demasiado exigentes é intolerantes. Este cargo no nos cogerá solos. Siempre hemos sido y seremos intolerantes en estas cuestiones; en materia artística está probado por la experiencia que la bondad injustificada solo ha producido la perversión del gusto del público y el aumento de suavidad en la resbaladiza pendiente por donde tantos autores guiados por su mal criterio y halagados por imprudentes alabanzas han caído para no levantarse mas. ¿Qué sería del arte español si no abundaran los críticos intolerantes, si bien unos exagerados hasta el extremo y petulantes hasta lo infinito, resultado del humo que llena sus vacíos de doctrinas y de ideas y de pretensiones, inflados cerebros; otros con exacta rectitud de juicio, y moral independiente, las que dan de sí el sano criterio, la percepción de la belleza y la confianza en la posesión absoluta de la verdad inmutable.

Como quiera que las producciones leídas anoche en el Ateneo, por D. Eusebio Blasco, no cumplen con las condiciones que á nuestro juicio deben tener las obras que en las veladas literarias de tan ilustrado centro se lean, por eso hemos dicho y ahora afirmamos que dicha velada no pudo satisfacer á los que como nosotros miran estos actos con un fin algo mas elevado que el de pasar agradablemente el rato. Y no queremos decir mas sobre tan enojoso asunto.

Un hecho llama ahora poderosamente nuestra atención, hecho que pasaríamos por alto, si no hubiese sido objeto de habilitas y comentarios nada favorables para aquellos que lo llevaron á cabo. Sabido es que D. Eusebio Blasco que parecia haber militado por algun tiempo en las filas del partido conservador, ha declarado solemnemente en estos últimos dias pertenecer en alma y cuerpo á la

democracia y al partido que capitanean los Sras. Raiz Zorrilla, Martos y Salmeyron. Su primer artículo de anoche parece una profesión de fé. Concluye con estas ó parecidas frases. «La situación de Europa se me presenta como un tablero de ajedrez, en el que las negras representan, el tradicionalismo, el pasado, lo convencional y las blancas el espíritu moderno progresivo y civilizador. Yo me atrevería a poner debajo, las blancas juegan y dan mate en todas las jugadas.» Esta idea que fué acogida por la izquierda con nutridísimos aplausos, produjo en la derecha un significativo silencio, silencio que comprendemos y que en manera alguna censuramos; ahora lo que no tiene explicación para nosotros es que todas las demás composiciones tuvieran en aquel lado del salón igual acogida. ¿Es que creen que debe negarse el aplauso al literato porque profese opuestas ideas en el terreno político y filosófico? No y mil veces no. Esto solo apuntamos, ni siquiera lo suponemos porque haría muy poco favor á los señores de la derecha á los que profesamos tanta admiración como respeto. ¿Es qué todos, absolutamente todos ellos tenían las mismas ideas nuestras vertidas en los párrafos anteriores? Tampoco, porque bien rieron y celebraron las festivas composiciones del Sr. Blasco. Dejamos pues la solución del enigma y los demás comentarios á la alta consideración de los que esto lean y sobre esto mediten.

Hemos concluido; tan solo diremos ya que si bien el Sr. Blasco leyó ciertos pasajes con galanura é intencionada expresión, otras veces (usando su frase del artículo publicado en las *Entre páginas* de *El Liberal*, referente á la velada del Sr. Velarde) lo hizo despiadadamente mal.

Madrid 27 de Febrero de 1881.

IV

D. Manuel del Palacio.

Don Manuel del Palacio fué el poeta encargado de la cuarta velada literaria que el Sábado 14vo lugar en el Ateneo de Madrid, y verdaderamente si la obligación no nos hubiéramos impuesto de hablar de todos estos actos, hubiéramos condenado por esta ocasión nuestra pluma a perpetuo silencio por no encontrar en nuestra memoria suceso notable alguno en la tal velada, digno de mención, que pudiera dar á aquella ocasión de que guiada por el entendimiento emborrónase más ó ménos papel esponiendo más ó ménos acertadas apreciaciones ó juicios.

Cumpliendo pues con nuestro deber, satisfecho por nuestra parte quedará en esta ocasión con que hagamos una ligera reseña del acto á que estos renglones designados é incorrectos se refieren. Cerca de las diez serian cuando subió el poeta al estrado, en compañía de los señores Moréne Nieto, Velarde, Grito, Sanchez Muguel y Gomez Ortiz. Un ligero preámbulo tuvo á bien el Sr. Palacio poner á su lectura para darnos la dolorosa noticia de que estando sus poesías satíricas inéditas en poder de un editor de Sevilla para su próxima publicación, todo lo que él pusiera de su parte en la velada habria de ser sério.... ménos la persona.

Concluido este ligero preámbulo, comenzó la primera parte de la lectura, formada por poesías líricas, todas serias pero en algunas de las que, brotaban algunos chispazos del culto ingenio satírico del autor, por aquellos del refrán de la *cabra tira al monte*. Hé aquí los títulos de estas poesías: *Mi leña*; *Edificando á una puerta*; *A una mujer*; *Dos tipos en dos sonetos (una Eva y un Adán)*; *La bla y el escotto*; *El valle de la muerte*; *Tiercul*; *Pensamiento*; *Melodía*; *Sobre una piedra*; *Noviembre*; *Vetud umbra*; *Dilecto con un enterrador*; *Esclavitud*; *Trova*, fragmento del segundo canto del poema *El imp sible* y *Autonomía*. Todas ellas fueron acogidas con significativos murmullos de aprobación y algunas con nutridos aplausos que partían de todos los ámbitos del salón. Y concluyó la primera parte.

Hé aquí ahora algunas de dichas poesías.

PENSAMIENTO.

No van la esplendidez ni la miseria
del nacer al capricho encadenadas,
se nace miserable en cuna de oro
y opulento en la paja.

Por mucho que se encumbra la fortuna,
por mucho que alza el pedestal la fama,
¡Solo una elevación hay sin medida!
¡La elevación del alma!!

MELODIA.

Cuando las luces del altar se apagan
y en los tabios espira la oración,
quedan del alto templo entre las naves
el humo del incienso
y el eco de la voz.

Bajo la sombra de ciprés oscuro
duerme hace tiempo mi primer amor,
mas guardan, desvelados centinelas,
¡su imagen mi memoria!
¡su sé mi corazón!!

UN ABAN.

Todos le conocen, ¿quién es?... él ignora;
vive como un nabab y está borrado,
se disfraza con título soñado
y con fingida cruz, se condecora.
Suele llevar en coche á una señora
por más que á veces niega ser casado,
y en salones y clubs es celebrado
por lo que juega y charla y enamora.
En todas las corridas hincó el diente,
predica la moral, odia el suicidio,
y á lo mejor se eclipsa de repente;
cuando regresa triste como Ovidio,
dice que ha estado en Africa y no miente,
que también está en Africa el presidio.

Fragmento del segundo canto del
poema *El imposible*.—Llegada a Rotna
del protagonista y su criado.

Ni un árbol, ni una flor... Negras colinas
interrumpen á veces de aquel llano
la triste soledad... Allá á lo lejos
sobre las ágras cumbres del Albano
de rama el sol sus últimos reflejos.
Pirámides de ruinas
dan por asiento la gastada piedra,
y en el fronton hundido
busca reposo la torcaz paloma,
mientras bebiendo el aire corrompido
bejo un desol de hiedra
sus áncoras truces el ligarto asoma.

Del acueducto erguono
llega la cabra domada alta
y allí su sed ardiente
templa en el filo de agua transparente
que entre las rotas bóvedas inornata.
Oyese de repente
sordo rumor que turba al más sereno,
es un búfalo enorme
que oculto en el repliegue de una roca
se baña revolcándose en el tiemb;
la cabeza deforme
mueve con lentitud acompasada
y espuma destilando por la boca,
gira en torno la estúpida mirada.

De prouto al ensancharse la vereda,
vieron desde la cúspide del monte,
del ascho valle la extensión vacía,
dibójose en el diáfano horizonte
de la villa Ponzili la arboleda
y Roma apareció; lento se oía
del *Angelus* sonar el dulce coro
que en cuatrocientas torres repalla
de las campanas el metal sonoro;
y entre el vapor de la indecisa bruma
como arrastrando al mar su historia trípica
sin ruido y sin espuma
el Tiber sonoliento se perdía.

Y basta por ahora de versos y des-
cendamos al rudo terreno de mi insular
prosa: Dos preciosas leyendas en romau-
ce compusieron la segunda parte, una
titulada *El hermano Adrian* y otra *La
calle de la cabeza*. Hablaremos de ellas
por el mismo orden que las hemos nom-
brado que fué en el que se leyeron. Es-
tamos en Córdoba en el año de 1570, y
un grupo de alegres muchachos dedica-
dos al arte de la pintura salen en bulli-
cioso tropel del estudio de Pablo de Céspedes. Del grupo separáanse dos muchachos

..... Casi de igual apariencia
por más que el uno tenía
faz desdenosa y morena
que iluminaban á ratos
dos ojos como centellas
y el otro el semblante dulce
y la rubia cabellera
de un querubín arrancado
del tríptico de una iglesia.

Por Agustín del Castillo
contestaba el de faz seria;
el rubio, feliz exposito
llamábase Adrian á secas.

Ambos dirigense á la orilla del Gua-
dalquivir y allí sentados sobre la yerba
estaban animoso diálogo que versa no-
bre que ha de versar tratándose de jóve-
nes y de artistas? de amores. En ella

Adrian habla a su amigo de su toruensa
pena porque la elegida de su corazon va
á casarse con otro. «¿Irá á casarse?»
pregunta Castillo. «Con pena» replica
Adrian, «ta engaña Adrian con amor»
dice su amigo, añadiendo al enamorado
mancebo que si quiere convencerse de la
infidelidad de su amada acuda junto á
la torre de la Matibuerta á las doce de la
noche, cuando Córdoba yace en brazos
del sueño, á la hora en que en aquellos
tiempos solo velaban el crimen y el amor.

Y dejando en soledad
la oscura y triste ribera,
ambos con planta lijera
perdiéronse en la ciudad.

Es de noche: han sonado las doce y
dos sombras confusas se perciben junto
á la torre de la Matibuerta. De pronto se
repiegan tras una esquina y dirigen sus
miradas á una ventana al través de la
cual luz se percibe proyectando vaga
sombra. Es una mujer. Esta turbada,
mas sale al fin de su turbacion al escu
char ciertos pasos en la oscura y desierta
calle.

Tres exclamaciones múdas
que el alma robó á la lengua
dijeron á un mismo tiempo,
¡amor! ¡castigo! ¡vergüenza!

Llega el embozado bajo la ventana
desde donde la niña enamorada le arroja
una llave. Mas no tuvo el galan tiempo
de recogerla, porque otro embozado grita
do ¡Atras! puso sobre ella el pié. Sonó
en la ventana un grito, surgió otra som
bra y dos espadas relampaguearon. ¿Qué
haces Agustín? pregunta Adrian á su
denudado amigo. «Vengarte» este le
contesta. «Reñid los dos conmigo» gritó
el atacado que dió principio á la pelea
sujetando su capa y reclinándose contra
la pared. Pero Adrian al ver su faz fla
minada por la luz de la luna se arrojó
con tal violencia entre los combatientes
que, herido cayó á tierra. De pronto em
pezaron ventanas y rejas á abrirse, entró
el enamorado galan en casa de su dama
y Agustín levantando en sus brazos á su
amigo huyó por una oscura calleja.

Gotas de sangre en el suelo,
una llave casi nueva,
mucho corrillo en la plaza
y mucha boca indiscreta,

ese halló no más la ronda
cuando armada y soñolienta
llegó al lugar del suceso
con su tizalde á la cabeza.

Verificase esta gran fiesta en el convento de los Carmelitas para celebrar la inauguración de una capilla, y el público admira entusiasmado un gran cuadro, para él anónimo, y que es original de Adrian, quien desconsolado, ingresa do habia en la Congregacion. Este no quiere asistir á la ceremonia. Mientras esta se celebra, Adrian queda solo en su celda en la que despues de leer una carta de su fiel Agustin, quema sus papeles y cae desplomado.

La segunda leyenda es referente á una tradicion madrileña, y puede resumirse de este modo. Un malvado que decapitó á un sacerdote, protector suyo, vuelve á Madrid despues de esquivar la accion de la justicia, compra en el mercado y envuelve en su capa una cabeza de carnero, la gente le sigue porque vá dejando tras si sangriento rastro. Va á satisfacer á los curiosos y al descubrir la cabeza de carnero, esta se ha trocado en la de aquel á quien asesinó. El malvado es preso y entregado á la justicia. La accion de ambas leyendas está bien desarrollada y están esmaltadas de buenas imágenes y pensamientos.

Esto, es pues, en resúmen lo que ofreció la velada del Sr. Palacio, quien recibió en estas dos leyendas muchos aplausos. Sentimos no poder decir más absolutamente nada más!

Madrid 14 de Marzo, 1881.

V

Don Ramon de Campoamor.

Deben ser en la vida momentos inolvidables, cuyo recuerdo satisfactorio jamas del corazon se apartará, aquellos en que un público numeroso y entusiasmada prodiga una ovacion al hombre de génio, y proclama como admirable, aquello que forjó y dió forma artística la mente acalorada del verdadero poeta. Sin comparacion en su respectivo órden estas emociones serian, si no les igualase el acendrado cariño que, desde aquel instante debe ir en aumento, hácia aquel hijo de la fantasia, producto de tantos desvelos y cavilaciones que realizan completamente su grandiosa mision.

Una de estas emociones debió sufrir ó mejor dicho sentir el eminente poeta Sr. Campoamor, cuando al concluir la noche del Sábado la lectura de su admirable poema *Los buenos y los malos*, el ilustrado público del Ateneo le tributaba la ovacion que merece su indisputable talento.

Y en verdad que pocas ovaciones seran tan merecidas como la que el señor Campoamor recibiera. No sé por qué, pero el hecho es que es verdad, ha bajado hoy mucho el nivel desde el que son los hombres dignos del público aplauso y de la general estimacion. Mediante insupportables é inadmisibles vemos hoy coronadas por el triunfo y si bien algunas, llenas de su mérito injustificado, suben cual inflados globos y al fin se pierden de vista para bien de la humanidad, otras permanecen molestando al paciente espectador, haciéndose tan insufribles como incontestable es su falta de talento, de buen gusto y de otras estimables condiciones que tal vez conozcan de oídas, pero entre las cuales habra algunas que no conozcan, ni aprecien en su verdadera y justa consideracion. Por eso tanto nos halaga cuando vemos entre tanto triunfo un merecido, uno siquiera admitido y sancionado por la recta é impetible justicia. Y entre los triunfos merecidos ¡qué pocos pueden ponerse en nuestros tiempos a la altura del del señor Campoamor!

Dió el lusigne poeta su velada el 26 del presente y fieles á nuestra obligacion y quizá mas desconfiados que nunca, procuraremos dar á nuestros lectores lijera pero exacta idea de tan solemnisimo acto. Solo al considerar que hemos de ocuparnos, que hemos de hacer un juicio mas ó menos profundo de tan eminente escritor, nuestra pluma se detiene, nos falta el aliento, tememos que nuestra presuncion se convierta en realidad, que las líneas que le dediquemos no sean de lo peor que somos capaces de producir, porque la misma impresion que causa en nuestro ánimo su renombre universal, el mismo acobardamiento que sufrimos ante su inmensa fama, conturba nuestra inteligencia, y la pluma no sabe qué escribir y el pensamiento se detiene y no halla frases acomodadas á su expresion porque la voz indócil, turbándose vacila. ¡Extraño efecto! ¡Efecto proverbial de lo sublime!!!

Es D Ramon de Campoamor uno de los ingenios mas preclaros que ha producido nuestra literatura contemporanea. No me atreveré yo á afirmar como hacen otros con genial desenfado que es hoy el primero de nuestros poetas: tiene un poderosísimo rival en el talento artistico del eminente autor de los *Gritos del combate*. Tampoco cegado por parcialidad injustificable, llevaré mi entusiasta admiracion hasta el punto de decir que es el jefe mas trascendental del movimiento de nuestra moderna literatura, mas sin embargo ¿quién podrá negar que Campoamor es uno de nuestro primeros poetas? ¿quién que sus obras son bellas? Nadie, porque se levantaria unánime á la voz de ese severo tribunal de la opinion pública que, con la fuerza poderosa de la razon, llevaria el convencimiento á quien negara axioma tan palpable. ¿Quién negará la luz del dia? Sin ser ciego, nadie, porque el sol penetrando por sus ojos, abriendo á su vista inmensos horizontes, descubriéndole torrentes ignorados de inspiracion, daria al traste con su error caprichoso, con sus afirmaciones ridiculas y descabezadas.

Dos son los títulos de gloria de Campoamor: uno las *Doloras*, otro los *Pegurosos poemas*. ¿Quién no conoce en España las doloras? mejor, preguntad ¿qué español (y cuenta que hablamos de las personas cultas que por desgracia no están en mayoría en nuestra patria) no conoce

¿ Campoamor? porque, conocerle y no conocer las doloras es tan incomprendible como admirar la luz del día sin conocer el sol. Esas composiciones que unas veces en cuatro versos encierran profundísimos pensamientos, que asoman á los labios espontánea sonrisa ó van rectas al alma descubriendo profundísimos dolores, todas impregnadas de sentimiento, ese inóvil divino, único que hace vibrar al universo las fibras de todos los corazones, son el florón quizá mas rico de su corona de poeta, la atmósfera que mas elementos presta de vida á la autorcha resplandeciente de su fama.

Y hablemos ya de los *pequeños poemas* para descender á aquel cuya lectura es el objeto de los presentes desaliñados renglones. Son los *pequeños poemas* unas obras en las que el autor vá recogiendo esos asuntos que cualquiera despreciaría y en los que el autor, mediante aquella galanura que tan característica le es, encuentra motivo para composiciones, objeto de general admiración y asombro. Ya busca sus inspiraciones en la soledad tenebrosa de un tren que silenciosamente se desliza sobre los férreos *rails* como la pasión se desliza en el alma por los *rails* del sentimiento, y el espectáculo de las sombras y fantasmas que se forja una imaginación calenturienta, y aquellos amores muertos y aquel amor que nace, como si de dos soles casi estinguídos que giran en el espacio y chocaran naciera un nuevo sol, y aquel desencanto horrible y desconsolador, engendran uno de sus mejores poemas, el que todos hemos conocido y admirado con el título de *El tren espreso*. Ya es su punto de observación aquel esperar terrible, aquella tardanza malhechora que origina aquella joyita que se titula *la Historia de muchas cartas*, ya son su objeto aquellas pasiones desenfrenadas y aquellos desengaños espantosos de *Las tres rosas*, ya aquella alegría íntima que se despierta en el alma por la voz del recuerdo al evocar memorias íntimas de los días que volaron, síntesis de *Dichas sin nombre*, ya tantos y tantos otros motivos que dan origen á todos sus bellísimos poemas.

Y abandonando ya estas digresiones, veugamos al punto concreto, motivo de esta revista ó sea la lectura por el Sr. Camposamor, en el Ateneo, de un poema inédito *los buenos y los sábios*, cuyo primer canto estaba ya publicado en la última lujosa edición de sus *pequeños poemas*.

De cinco cantos consta este postrero, y en ellos el autor desenvuelve un plan grandioso, impregnado como casi todas sus obras de un frío desconsolador. Expongamos sencillamente la acción del poema. Juan y Pedro son hermanos, este, es el sábio; se dedica á la carrera de medicina, y en holocausto á su saber é importancia, su hermano menor Juan, va por él al servicio cuando á Pedro toca la suerte de soldado. ¡Primer sacrificio del bueno por el sábio! Vuelve Juan de la guerra; entretanto, su hermano concluye la carrera y se casa con la novia de Juan, María, quien acababa de heredar á un tío riquísimo de América pasando solo por esto de ser una aldeana á gran señora.

Todo esto, corregido y aumentado, al llegar á su pueblo Juan Soldado se lo contó con gracia extraordinaria un quinto de Sevilla, que cree que es el gaspacho con guindilla el *summum* de la ciencia culinaria.

Juan, herido por noticias tan desgarradoras, cae en tierra, dándose con la cabeza en el suelo y entouces es conducido á casa del albeitar, y allí, recinado en duro lecho mira huir velozmente sus ilusiones, aquellas que llenaban de sacro fuego su corazón y que le animaban en la ruda campaña, rasgando la densa sombra de los días de desgracia con rayos de la esperanza en días más prósperos y felices.

Así perliendo á su querido dueño, Juan, al volver triunfante de la guerra, cayendo de la cúspide de un sueño dió con el cuerpo y con el alma en tierra.

El canto 3.º, que es indudablemente el mejor de todos por los raudales inmensos de poesía en él encerrados, reduce á relatar las impresiones del pobre Juan, al encontrarse solo, triste y abandonado en su pueblo natal y al acudir á su pensamiento de cada piedra, de cada árbol, de cada casa, dulcísimas memorias.

Juan abandona su pueblo y viene á Madrid, donde llega la vispera de la jornada del 26 de Junio de 1866, en cuyo hecho tomó activa parte y otra vez sacrificándose por su hermano, va en castigo de culpas por este cometidas á Ceuta. Allí conoce á *Roseta*, una valenciana de satánicos instintos que logra cojerlo en sus redes. *Nelo*, el amante de *Roseta*, asesina al marido de esta y luego conduciendo á Juan que estaba ébrio, le encierra en la misma habitación del muerto, no perdiendo Juan su inocencia moral, pero apareciendo esta ya peritudo el mundo, menos para él y sus enemigos, oscurecida por las rojas manchas del espantoso crimen. Así lo considera e consejo de guerra que le sentencia á muerte, muricudo Juan por aquel lufame Nelo, que parecia haber sido adiestrado en la misma escuela que el hermano de Juan. Y el poema concuye.

Copiarémos ahora algunas de las mejores estrofas.

(CANTO SEGUNDO.)

Y por instinto, al fin, creyendo ciertos
los hechos del cronista sevillano,
se echó angustiado al corazon la mano
y mano y corazon quedaron yertos:
y al ir á andar, turbado,
dió vueltas como un hombre enajenado,
y emprendiendo una marcha, igual al vuelo
de un pájaro atontado,
tambaleando de un lado al otro lado
rebaló, miró al cielo,
y al caer desplomado,
se dió con la cabeza contra el suelo.

(CANTO TERCERO.)

Y como es para el bueno verdadero
el sitio que se nace, el mundo entero,
á la choza vendida en que ha nacido
tan alegre y caliente como un nido,
dan lo vueltas en círculo incessante,
aspira con placer siempre que pasa
la esencia más que todas penetrante
de las flores del huerto de su casa.
¡Cuánto el dolor su corazon taladra
al recordar su loca fantasía
aquel tiempo feliz en que dormía
sobre un lecho de ramas en la cuadra!
Y siempre que pasando iba y venía,
¡con qué gozo tan puro
columpiaba el cordel que se extendía
desde el sauce lloron á un viejo muro,
soñando ver en él, que al sol colgada
de un lado al otro columpiada vuela
la ropa de blancura inmaculada
que tomaba con salvia perfumada
el olor de los tiempos de su abuela!

En esa cuerda de feliz agüero
vetero con placer las campesinas,
que al dar su adios al nido del alero,
descansaban sobre ella un día entero
antes de ir hacia el Sur las golondrinas.
Y un día en que embriagaban sus sentidos
oleadas de perfumes y ruidos,
al mirar con encanto verdadero
que entónces festejaban ese alero
entre nuevos y viejos ocho nidos,
perdió sus visiones,
porque de él ya olvidados
no bajaron del techo descuidados
á comer en su mano los gorriones.
Y transido de pena
por estas y otras cosas que imagina,
Juan con su cara de paciencia llena
bendiciendo su casa que era agona,
por no echarse á llorar volvió la esquina.

Viendo en fin más allá de las montañas
la choza en que miró la luz primera
y en que su madre por la vez postrera
el hijo le llamó de sus entrañas,
después de un gran silencio de agonía,
perdida ya por el dolor la calma,
¡a Dios, madre del alma!
con voz mojada en lágrimas decía,
y de nuevo gimiendo
mientras quedó su corazón latiendo
más vueltas que la rueda de un molino,
la grande escusa de su llanto rota
perdiendo de sus ojos el camino
fué cayendo en su pecho gota á gota.
Y como en cierto modo
son las obras de Dios hasta piadosas
con las almas houradas y amorosas,
y hay horas de dolor en que habia todo,
los séres animales y las cosas,
mientras vá hacia Madrid con paso lento,
por la madre que llora en tal momento,
como ecos de la pena que sentia
oír y ver creia
temblar la tierra y suspirar el viento....
¡Yó vi tambien cuando murió la mia,
a las piedras llorar de sentimiento!!

(CANCIÓN QUINTO. ESTROFA FINAL.)

Dejémoste morir á Juan soldado.
Ya el Génesis decía sábiamente
que el hombre de dolores agobiado
no conviene que viva eternamente.
Nació y vivió inocente,
fué bueno y por ser bueno, desdichado,
ayudó de su patria á la victoria,
y aunque vivió tan útil como hourado
y creyó á piés juntillas en la gloria,
murió de todo, pues murió olvidado.
Aquí da fin la historia
del buen Juan, es decir, de Juan Soldado.

¡Como en alma tan buena y tan amante
nadie ha visto una pena semejante,
por la salud del ser á quien mas amo;
juro que en este instante
moja el papel el llanto que derrama
Que lo bueno del mundo es que hayen sido,
porque, cual Juan, creia
que en el último dia
todo el que sufre ha de tener consuelo,
Maldad, Señor, puesto que estamos ciertos
de que es la vida una incurable peste
que convierte á los pueblos en desiertos,
ese dia en que un hábito celeste
ha de barrer los vivos y los muertos.

El poema (que es sin disputa el mejor de los del Sr. Campoamor) encierra una verdad desconsoladora y por cierto que todos los espectadores hubieran salido del salon con el corazon materialmente despedazado, si no estuviera amenizada la obra de tantos golpes chistosos que aparecian convenientemente, cual vistosos *arco iris* despues de las enfurecidas tormentas.

Tan solo en un punto no estamos conformes con el Sr. Campoamor. El insigne poeta, al poner por título á su obra aquel con que ya todos la conocemos y con el que le conoceran las futuras generaciones que lo admiren y aplaudan, parece haber indicado que son malos todos los sabios, pues que los ha puesto en absoluto y seco contraste con los buenos. Habrá alguno, que reunan cualidades tan auténticas, ¡ya lo creo que los hay! pero en cambio hay otros que son buenos y sábios á un mismo tiempo, y si nó, ahí está el mismo Sr. Campoamor que es sabio, y esto es una verdad como un templo y que es bueno, poseyendo un honradísimo corazon, cuyas palpitaciones surgen en todas sus obras magistrales, gala y ornato de la literatura española.

¿Habrámos de la forma del poema? No, despues de haber dicho tantas cosas lisonjeras, ¿á qué amargar licor tan dulce con el acibar de lo desagradable? ¡Y cuenta que no es poco lo que teníamos que decir! Pero dicen que el silencio es oro y yo que siempre he aceptado esta máxima, hoy la acepto y á su amparo me escabullo, lleno de emocion y de alegría.

Madrid 30 de Mayo de 1881.

La primera verdad.

La primera verdad.

La primera verdad.

18

VI

Don Francisco de Abarzua. —

Morales.

- pe don Antonio Rivero de la Cuesta.
vpe. don Cosado Solsona.
S.º don Manuel Marco.
- 2º don Cándido Rofales.
- 3º don Santiago Moncada.
- 4º Sr. Aspiázu.

literatura

pe	Alas.
vpe	Reus.
1.º	moya
2.º	



Graspiagu.

Sör Aspiazu

Sör Aspiazu.

Je

Alas

ve

Reun

100

noyn

— 2

ga alunas

— 3

Pacheco

— 6

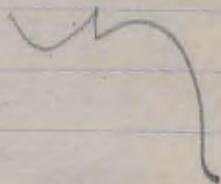
Jonny Ortiz

~~Pre. Sr. Conde de Casa Valencia,
V. pl. Sr. Don Urbano Gonzalez Serrano,
Briete Sr. don~~

Presidente Sr. don Manuel Silvela.
V. pl. Sr. Conde de Casa Valencia,
Briete Sr. don Urbano J. Serrano.
— 2º Sr. don Enrique Serrano Fatigati.
— 3º Sr. don Maximino P. Diaz.
— 4º Sr. don Vicente Colorado.

Presidente Sr. don Emilio Castelar.
V. pl. Sr. don José Velarde.
— 1º Sr. don Leopoldo Alas.
— 2º Sr. don Amando. P. Valdes.
— 3º Sr. don José J. Heredia.
— 4º Sr. don Juan Reina.

Presidente. Sr D. José Echegaray,
V. p. - Sr D. Laureano Calzadilla
V. 1.º - Sr D. Pedro Cortázar
V. 2.º - Sr D. José Rodríguez Moreno
V. 3.º - Sr D. Manuel Colosa Latorre
+ - 4.º Sr D. Eduardo Sanx. Escartín.



Sección de C. morales y pas

Presidente. Don Urbano G. Senans.
Vice-presidente. Don Francisco Pacheco.
Secretario 1º Don Vicente Colorado.
— 2º
— 3º
— 4º

Sección de Literatura

Pr Don Ramón de Campoamor
Vpl Don José de Canalejas
1º Don J. Henríquez
— 2º Don J. Reina
— 3º Don J. Jurado.
— 4º Don J. Romblay Campos
Naturales
Pr Don Laureano Calderón
Vpl Don Ignacio Piñero
1º Don M. de los Ríos
— 2º
— 3º
— 4º

Pe Don Eugenio Montero - Rio
Vpl Don Urbano Euzaler. Serrano.
11^o Don Enrique Serrano - Fatigati.
12^o Don Vicente Colorado.
13^o Don Alejandro Testar
14^o Don Enrique Galver. Holguin.

pe Don Manuel Canete
Vpl Don José Velasco
11^o Don J. Herrera.
12^o Don J. Reina
13^o Don J. Miranda.
14^o Don J. Mubelay Campoy

pe Don José Letamundi.
Vpl Don Laureano Calderín
11^o Don Manuel Torres - datou.
12^o Don J. López Serrano
13^o Don J. José Guerra
14^o

Carlos Fernández-Shaw.

Colección de
sonetos,
escogidos por

Carlos Fernández-Shaw.

Carlos Fernández-Shaw.

La llegada a Castilla

Cumbres de Guadarrama y de Tenceria,
columnas de la tierra castellana,
que por los cielos y los nieves caen
la frente abais con altivo sombria.
Campos desiertos como el alma mia
que ni la flor, ni el árbol se galana,
cuidados al nacer de la mañana,
cuidados al morir de breve dia.
Al fin os vuelvo á ver tras larga era,
os vuelvo á ver con el latido interno
del patino amor que vivo persevera
Para mi y para vos llegó el invierno;
para vos volverá la primavera,
mas mi invierno; ay de mi! será ya eterno!

Gabriel Garcia-Fassara

La envidia.

Helado el corazón y el alma loca,
implacable en el odio que la inspira
ennegrecen sus ojos cuánto mira
y mancha en sus manos cuánto toca.
El bien ageno su furor provoca,
y en las sordas tristezas de su ira
envenena el ambiente que respira
y es su lengua un puñal y es hiel su boca.
Así nace, así vive, así perece;
el tormento que más le desespera
está en el menor precio que merece
y si alguna virtud tener pudiera
con el rencor que todo lo aborrece
a sí misma también se aborreciera.

José Selgas.

En el álbum de una joven poetisa.

¿Versos y á ti? La tarde de mi vida
que aún era aurora ayer radiante y pura
extiende su derredor su niebla oscura
y mis versos, cual yo, van de partida.
Himnos alegres en la edad florida
son ya plegarias en la edad madura,
y al evocar su encanto y su dulzura
brota la sangre de la abierta herida.
No busques el raudal que se ha agotado,
ni esperanza hay en mí, ni fe tampoco;
tú pretendes volar, yo estoy atado.
¿Imitarte ó seguirte? Empleo loco:
tú miras al futuro, yo al pasado:
tú sueñas imposibles, yo los toco.

Manuel del Palacio

A Judas.

Cuando el horror de su traicion impia
del falso apóstol fasciú la mente
y del árbol fatidico pendiente
con rudas convulsiones de mecia;
complacido en su mísera agonía
mirabile el demonio frente á frente
hasta que ya, del término impaciente
de entrambos piés con ímpetu le asia.
Mas cuando vió cesar del descompuesto
rostro la convulsion trémula y fiera
señal segura de su fin fúesto,
con infernal sonrisa placentera
sus labios puso en el horrible gesto
y el beso le volvió que á Cristo diera.

Juan Nicasio Gallego.

Al partir

¡Perla del mar! ¡Estrella de Occidente!
¡Hermosa Cuba! Fu brillante cielo
la noche cubre con su opaco velo
como cubre el dolor mi triste frente.
¡Voy á partir! La churrua diligente
para arraucarme del nativo suelo
las velas iza y pronta á su desvelo
la brisa acude de su zona ardiente.
¡Adios, patria feliz, edeu querido!
Doquier que el hado en su furor ^{impela} me
tu dulce nombre halagara mi oido.
¡Adios! Ya onge la surgente vela...
el ancla se alza... el buque estremecido
las olas corta y silencioso vela!

Gertrudis P de Arvellaneda.

Ante una pirámide de Egipto.

Soneto. —

Quiso imponer al mundo su memoria
un rey, en su soberbia desmedida,
y por miles de esclavos construida
erigió esta pirámide mortuoria. —

¡Sueño estéril y vano! Ya la historia
no recuerda su nombre ni su vida,
que el tiempo ciego en su veloz corrida
dejó la tumba y se llevó la gloria. —

El polvo que en la palma de la mano
contempla abortó el caminante; ¿ha sido
parte del viento ó parte del tirano?

¡Ay! todo va revuelto y confundido
que guarda Dios para el orgullo humano
solo una eternidad; la del olvido!

Gaspar Ruiz de Arce. —

Al Cristo, sobre un reloj, atado á la Columna
na - sin los ministros de los Arxotes.

¿Quién á columna y á selo te auna.
Señor? si es porque espíritu es tu aliento
y en la rueda del tiempo fraudulento
de mi error la constancia es la columna,
En el sangriento horror que te importuna
ay en el artificioso movimiento
mis culpas contari de cuenta en cuenta
cuando vides las horas de una en una
Pero, como me el más mal te comprendo
cuando con Arcielas su espacio doras
sin los ministros del afán horrendo.
Mas, ay! que el reloj suple vas traidoras,
que como á todas horas yo te ofendo
son arxotes los golpes de las horas.

Este soneto, sin firma, existe en la Biblioteca que posee el Excmo Sr
Baron de Benifayó en la Isla Mayor del mar Menor. - El tomo es
tanta en el tomo esta inscripción: ^{1732.} Poemas varios.
n.º 29. —

Elas presio en este valle y pobre aldea
termino de mi vida peregrina
despectos cuando el aura matutina
los copas de los árboles, mececa.

Y al volver de mi nística tarea
ora en la tarde cuando el sol declina
nivas de esta frente cristalina
el humo de mi Rucilde chimenea,
Que en la rodante máquina lanzado
enyas como centella por los montes,
parcas como relampagos al poblado
y así robando el viento un segundo
para hender los finitos horizontes
sentir la nada al abarcar el mundo.

Antonio Ros de Olano

A Don Quijote.

Alto, seco, rugoso amojanado,
como en miseria y lóbregos pando
aquí por viejas alas sacudido,
allá en mudo golpe magullado.

De andaniga hermosa desdenado
y de punta de amor muy mal fendo
cocos, piedras y estacas te han molido
floriendo sobre ti como un mublado.

No es de extrañar, ainv enaib a' algunos asombro
si larga prole q' al contar me pierde
heretera dejaste de tu nombre,

que a medias sabio como a medias loco
tú eres la lucha que sostiene el hombre
brando loco y rasmando cuerdo!

Emilio Ferrarí.

O

¡Qué espantosa de la muerte,
sueño cruel, sea tuertes más mis pechos
mustrándose en estado de mundo estético
consuelo solo de mi adversa suerte

Banca de algunos tiranos el muro fuerte,
de fuste las paredes, de oro el techo
y el río arroyo en el arroyo lecho
hay el temblando con sudor de muerte

El uno vea el popular tumulto
romper con fiera las herradas puertas
ó al sobornado serivo el bueno oculto,
el otro sus riquezas descubiertas
en llave falsa ó en violento insulto
y dejale el amor sus glorias ciertas

Supercio Leonardo de Argensola

Q

No es quien ciñedes, Don Juan, por me
que agud blanco y camino de Don Elvira
no tiene de ella más, ni bien lo mira,
q' el haberle costado su dinero

Pero tambien que me enfues quies
q' es tanta la beldad de su mentera
q' en vano á competir con ella aspira
bellera igual de rostro verdadero.

Mas q' mucho que yo perdido ande
en un engaño tal pues q' sabemos
q' nos engaña así á naturalera

Porque en cielo azul q' todos vemos
no es cielo ni es azul. ¡Lastima grande
que no sea verdad tanta bellera!

Lupercio Leonardo de Argensola

O Al sauce y el ciprés.

Quando a las puertas de la noche umbría
dejando el prado y la floresta amansa
la tarde melancólica y serena
su misterioso manto recogía
sus macilentos sauce al mecia
por dar alivio a su constante pena
y en voz suave y de suspiros deca
al oír del viento murmurar se oía:
33 Triste nací - pero en la tierra mirando
sin felici' q' el penoso duelo
y el llanto oculto y la tristeza ignoran 33
Dijo y sus rasgos apareció en el suelo.
34 Dichosos ¡ay! los que en la tierra lloran
le contenta un ciprés mirando al cielo. 34

L. de Selgas.

O Voltaire.

Eres ariete formidable; nada
resiste a tu satánica ironía,
al través del sepulcro todavía
resuena tu estridente carcajada.

Cayó bajo tu sátira acerada
cuanto la humana estupididad
y hoy la razón, no más, sirve de guía
a la pobre de Adán regenerada.

Ya solo influyes en el mundo destino,
la libre religión de los ideas,
ya la fe miserable a tierra vino,
ya el Cristo se desploma, ya la bestia
alumbrando el universo del camino.
ya renuncio Voltaire.....; Maldito seas!

Gaspar Tineo de Arce

Siempre más.

Ya oculto, ya intranquilo, ya sereno,
emblema del humano desvarío
entre quincez i penas corre el río
sobre un fondo de dormido cielo.

Como tranquilamente por mi suelo
mi amor, desventurado por ser mío
y llorando y llorando tu desvío
salta y se enroscaba de coraje cielo.

No esperez que se cambien uniz dolores
como rayo de sol en tierra pluma
i como arma entre pintadas flores.

Veñ, y verás entre la espera bruma
que encuentras más desprecio más amores
pagan mientras más penas más espuma.

Carlos Fernández Shaw.

Soy un burro

Soy un buen chico

Soy un burro

Siglo XIX.

Biblioteca teatral.—

Tomo 1 ^o .	^{2^o} Martínez de la Rosa	La conjuración de Venecia. Edipo.
	^{1^o} Duque de Rivas.	Don Alvaro. El desecgato en un sueño.
Tomo 2 ^o .	^{1^o} García Gutiérrez	El trovador. El page. El rey monje. Un duelo á muerte. Simón Bocanegra
Tomo 3 ^o .	García Gutiérrez	Juan Lorenzo. Doña Urraca de Castilla. Venganza catala na - La enolla. Un gra no de arena.
Tomo 4 ^o .	^{1^o} Hartzembusch.	Los amantes de Teruel. Don Al onso el Casto. Doña Mencía. La jura en Santa Gadea. Vida por honra.
Tomo 5 ^o .	^{2^o 1^o} Lavrille.	Don Juan Tenorio. El zapatero y el rey (C. y l. parte) Sancho García. El eco del tormente. El juicio del godo. Traición, inconfesión y mártir.

Tomo 6.º	2.º Breton	Marcela. Me voy de Madrid. A Madrid me vuelvo. Un ter- cero en discordia. Muérete y verás. El pelo de la dehesa Alma de tantas. Mi secretario yo. La escuela del matrimonio
Tomo 7.º	Sily Larate 2.º	Carlos 2.º el Hechirado. Guzman el Bueno.
	S. S. Avellaneda 2.º	Alfonso Munio - Baltasar. La hija del Rey René. La hija de las flores.
Tomo 8.º	2.º V de la Vega	El hombre de mundo. La muerte de César. Don Fernando de Antequera
	E. F. Sanj. 2.º	Don Francisco de Quevedo Achaques de la vejez.

Tomos 9.º	7.º Rubi	Borascas del corazón. Isabel la Católica. — La escala de la vida El gran filon. — De potencia Pasarse del porvenir á potencia.
Tomos 10.º	9.º Igualar	Las quevellas del Rey Sabio — El patriar- ca del Túrca. La vaquera de la Piujo- sa. La cruz del matrimonio. Los soldados de plomo. —
Tomos 11.º	1.º Larra (L. Moe)	La oración de la tarde. El caballero de Ja- cia. — Los corajes de oro. Pis pie al gato. Los lajos de la familia. El amor y el interés. El beso de Judas.
Tomos 12.º	2.º Ayala	El hombre de Estado. Rioja. — El tejido de vidrio. El tanto por ciento. El nuevo Don Juan. Consuelo.
Tomos 13.º	1.º Tamayo	No hay mal que por bien no venga. Lo positivo. Angela. Hija y madre. Vir- gínia

Tomo 14º	Tamayo.	Locura de años. La bola de nieve Cauce de honor. Un drama nuevo. Los hombres de bien
Tomo 15º	2º Hurtado.	Meris en la sombra. Sueños y reali- dades. El tison roto. La voz del cora- zon. En la sombra. Entre el deber y el derecho.
Tomo 16º	Hurtado y Miny de Arce.	El laurel de la Libia. La jota aragonesa. Deudas de la honra. Quién debe paga. Justicia providencial. - El has de leita, -
Tomo 17º	3º Gaspar.	La chismosa. La levita. Las circunstancias. El estíma- go. La nodriza. La lengua. Problema
Tomo 18º	Serra. 2º	Con el diablo a cuchilladas. El re- loj de S. Plácido. El loco de la que- dilla. Don Tomás. Luz y sombra El querer y el naskar..... El Amor y la gaceta

Tomo 19. ^o	Blasco. 1. ^o	El pañuelo blanco. - El baile de la Condessa. El anzuelo. - Jugar al escondite. - La rosa amarilla Juan Garcia. ; Si yo tuviera dinero! Pobre porfiado.....
Tomo 20. ^o	Selles 2. ^o	El nudo gordiano. La Torre de Falavera. El cielo o el suelo.
	3. ^o	Los laureles de un poeta. La Causa opinion pública. La mariposa.
Tomo 21. ^o	Ceberram Reter y Santibañy 2. ^o 3. ^o	La Evidencia. lo que vale el talento L'Hereu. La Fontana. El ejemplo. Una boda en palacio. -
Tomo 22. ^o	Fernandez Wongalyte 2. ^o	Deudas de la conciencia. La summa de lineros. El lid.
	Palou 3. ^o	La Campana de la Almodaina.
	Tapata 3. ^o	La capilla de Sanja. El solitario de Guste. -

Tomos 23-

Coello

El príncipe Flaules

Cataluña

El Falso. No hay ^{buen fin} ~~buena~~ ~~por mal no venga.~~

Hernán

La Virgen de la Loxena.

S. de las

Hernandegildo

Balacio

En aras de la justicia

R. Hernández

Renzi el tribuno.

81

Tomos 24°

Cavertan

El esclavo de su culpa. Sobre quien viene el castigo. Despertar en la sombra.

Palencia

Carrera de obstáculos. El guardián de la casa.

90

Tomos 25°

Calzadilla

El libro talonario. La esposa del vengador. En el puño de la espada. Como empieza y como acaba. O locura o santidad. Lo que no puede decirse. El Gladiador de Ravena.

92

